



Florence Thomas  
Coordinadora del Grupo Mujer y Sociedad

## La píldora anticonceptiva: Piedra angular de una revolución

*"Tenía yo 17 años cuando nació Verania. La había cargado nueve meses como una pesadilla. Le había visto crecer a mi cuerpo una joroba por delante y no lograba ser una madre enternecida. La primera desgracia fue dejar los caballos y los vestidos entallados, la segunda soportar unas agruras que me llegaban hasta la nariz. Odiaba quejarme pero odiaba la sensación de estar continuamente poseída por algo extraño. Cuando empezó a moverse como un pescado nadando en el fondo de mi vientre creí que se saldría de repente y tras ella la sangre hasta matarme. Andrés era el culpable de que pasaran todas estas cosas y ni siquiera soportaba oír hablar de ellas".*

*Ángeles Mastretta. "Arráncame la vida"*

*"Uno de los mitos de la mentalidad conservadora estriba, precisamente, en que toda mujer es ante todo una madre".*

*Kate Millett. "Política sexual"*

*"Mujer del tercer milenio, deberás escribir tus derechos sexuales, tus derechos al goce, tus derechos reproductivos sobre tu piel para que ningún hombre que te ame pueda olvidar jamás que él no tiene derecho sobre tu cuerpo tibio y oloroso que sólo podrá encontrar y conocer en la duda lúdica, la pregunta y tu pleno consentimiento".*

*Florence Thomas. "Mujeres y tercer milenio"*

La píldora anticonceptiva tiene 43 años. El impacto social de su divulgación es probablemente un hecho sin precedentes en relación con las vivencias de la sexualidad de las mujeres. En este sentido, no es exagerado afirmar que la píldora anticonceptiva es la piedra angular de la revolución de la condición histórica de las mujeres, pues esta se inicia con una revolución sexual. La píldora anticonceptiva representó el verdadero Mayo 68 de las mujeres, el inicio de una primavera con efectos de amplia significación para las relaciones entre mujeres y hombres. De hecho, el miedo de un embarazo no deseado constituía el principal obstáculo de su liberación

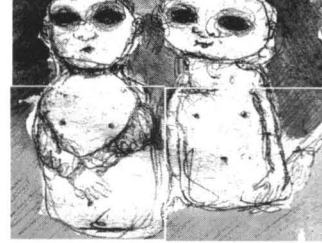


sexual, incluso para los hombres que se encontraban a menudo obligados a “matrimonios reparadores”. De esta manera, la píldora -seguida de otros métodos anticonceptivos- logró fisurar de manera casi definitiva el significado de la sexualidad, de la maternidad y, con ello, de la misma femineidad.

Durante siglos, el rol materno era el rol femenino por excelencia y la ecuación existencial de las mujeres se significaba por Mujer=Madre; durante siglos, las mujeres encerradas en las múltiples prácticas sociales de la maternidad, que habían logrado normativizar los deseos femeninos casi exclusivamente alrededor del deseo maternal, habían sido apropiadas materialmente y, por consiguiente, desposeídas mentalmente; durante siglos, las mujeres-madres, sin saberlo todavía, eran personajes errantes, sin “habitación propia”, no tanto física sino sobre todo subjetiva, sin un “sí mismo” como referente de su propia existencia, y debían permanecer como simples herramientas de la naturaleza. El deseo de procrear era para ellas el único posible y legítimo. Su anatomía era su destino y, con muy pocas excepciones, su único destino.

En estas condiciones, la madre estaba ubicada fuera de los circuitos del saber, fuera de los circuitos del poder y, sobre todo, fuera de los circuitos del placer, pues sexualidad y reproducción parecían ser inseparables para las vivencias de las mujeres. Así, la madre era el único personaje familiar con esta condición de desposesión casi total. Con una anatomía programada para la vida, parecía difícil pretender y acceder a la cultura. Los hombres habían podido trascender la naturaleza, los instintos animales y los determinismos biológicos, las mujeres, no. El famoso y tenaz instinto materno completaba el cuadro de una maternidad–destino–fatalidad que se encontraba reforzada por múltiples narrativas e imágenes culturales como la de María, virgen y madre, que en las sociedades occidentales se iba a imponer como un verdadero ideario familiar que resiste y marca todavía los imaginarios colectivos de la femineidad latinoamericana. Sacralizar y fetichizar la maternidad demostró ser la mejor manera de negar a la mujer en su femineidad, su eroticidad, su alteridad y, por ende, su peligrosidad.

Y, sin embargo, ni siquiera la maternidad en estas condiciones perteneció a las mujeres. La ideología patriarcal logró despojarlas y recuperar casi todo lo que rodeaba el acto de dar a luz: entregó el parto al saber médico -reservado exclusivamente a los hombres hasta mediados del siglo XX en Colombia-, alejando y castigando las prácticas de las parteras e ignorando sus saberes milenarios; convenció a las mujeres de que eran meras reproductoras habitadas por un instinto materno, vaciando así casi totalmente el hecho de dar la vida de su sentido tan hondamente simbólico; logró callar culturalmente a las madres, identificándolas con la abnegación, la sumisión y el sacrificio; pudo, por medio de una operación magistral, vaciarlas del deseo erótico y

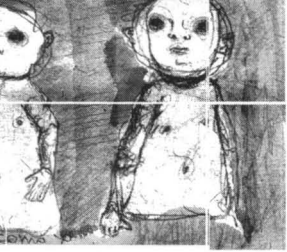


devolverles la virginidad, e, incluso, logró arrebatárles el producto de este trabajo simbólico, imprimiendo el nombre del padre a los hijos y a las hijas, y así las mujeres fueron todas madres patriarcales, generadoras de familias patriarcales.

Romper con esta representación ancestral de la identidad femenina, antes de la aparición de la píldora, desgarró e incluso costó la vida de múltiples mujeres a lo largo de los siglos. Pocas resistieron a los mecanismos de culpa previstos por la cultura para cualquier alejamiento de los caminos trazados para la femineidad; algunas tuvieron que disfrazarse de hombre o adoptar seudónimos masculinos para poder escribir o actuar; otras, renunciar a toda vida mundanal y encerrarse en conventos para escapar al matrimonio, a las consecuentes maternidades repetidas y, desde un cuarto propio, más a menudo una celda propia, poder acceder a una biblioteca, a la lectura y a la escritura; otras tuvieron que aceptar los estigmas de calificativos denigrantes cuando no insultantes; otras fueron encerradas en manicomios, torturadas, quemadas o guillotinas; la mayoría condenadas a la soledad o al desamor por el inconcebible atrevimiento de expresar un deseo de saber para ser en el mundo por medio de fertilidades distintas a las genealógicas. Por supuesto, la gran mayoría de mujeres se adaptó al molde cultural previsto para una femineidad al servicio de la reproducción de la especie, logrando, además, una sublimación casi gozosa que permitía escapar a la victimización y, en muchos casos, al sufrimiento.

Sin embargo, a mediados del siglo XX, un conjunto de factores tanto económicos como sociales, políticos y científicos van a incidir paulatinamente en la condición social femenina. Tales factores logran incluso cuestionar el viejo marco explicativo de la femineidad que se había vuelto poco a poco incapaz de responder a una nueva lógica de modernidad que se imponía paulatinamente, aunque con ritmos distintos según países, en la mayoría de las naciones occidentales. Bajo la presión de factores económicos como la industrialización y la consecuente urbanización, y los factores políticos de instauración de democracias participativas, se volvía cada vez más necesario pensar en las mujeres en cuanto sujetos políticos, es decir mujeres que pudieran participar de la modernidad sin quedarse relegadas y atrapadas en una iconografía decimonónica en sus prácticas de vida y sus sistemas de representación.

Para que la modernidad pudiera cumplir sus promesas con las mujeres, era necesario desnaturalizar e historizar la maternidad y, de alguna manera, romper con esta idea tan común en los imaginarios de que las mujeres eran a la naturaleza lo que los hombres eran a la cultura. Este rompimiento no hubiera podido ocurrir sin que las mujeres obtuvieran el control de su fecundidad y, por extensión, por lo menos simbólicamente, de su propio cuerpo y de su sexualidad.



La píldora anticonceptiva llegó y empezó a generalizarse en la década del 60, en un complejo contexto en el que confluyen procesos emancipatorios, debates filosóficos y científicos, e intereses instrumentales. Por supuesto, al desarrollo de los saberes médicos y farmacológicos se unieron los aportes de las teorías feministas y las intensas luchas de las mujeres por sus derechos civiles, políticos y sexuales, para incidir, de manera contundente, en la generación y divulgación de la píldora como nueva alternativa de control natal. A este propósito cabe preguntarse, por ejemplo, ¿qué le debe la píldora a la magistral obra de Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, que apareció en 1949?, ¿qué le debe la píldora a las mujeres sufragistas que lucharon en la mayoría de los países occidentales en la década anterior a su aparición?, ¿qué le debe la píldora a la dinámica de los movimientos sociales de mujeres en las décadas del 70 y del 80, durante las cuales se consolida su circulación y divulgación? Cabe también mencionar -y debe ser objeto de otros análisis- los intereses de las políticas de población orientadas a controlar y estabilizar el preocupante crecimiento demográfico en los países más pobres del planeta. No hay duda que gracias a esta compleja combinación de factores tanto económicos como políticos y científicos, una parte importante de la edificación del patriarcado estaba a punto de derrumbarse. No olvidemos que, durante siglos, el control de la sexualidad femenina representó la garantía por excelencia de la hegemonía masculina.

La píldora cumple cuarenta y tres años. En el 60 tengo 17 y estoy terminando mi bachillerato. Se inicia la década del 60 que iba a marcar tan profundamente mi generación. Contaré una anécdota reveladora del amanecer de esta década. Estoy en clase de filosofía en el liceo de Ruan, una ciudad provincial de Francia. La profesora, una mujer excepcional que hacía de la filosofía un manual de ética para la vida cotidiana y construía sus clases a partir de eventos del momento, llegó una mañana de invierno al salón de clase con una cajita en la mano y una enorme sonrisa en la cara. Nos dijo: "*Mujeres, tengo su liberación en las manos... se llama píldora anticonceptiva y les puedo asegurar que esta pequeña píldora, inventada por un señor llamado Pincus, va a transformar sus vidas de una manera tan profunda que después de ella, nada será igual*". Por supuesto la Asociación de Padres de Familia del liceo casi logra expulsarla y su permanencia sólo se debió a sus enormes cualidades académicas frente a las que la Secretaría de Educación no pudo hacer nada. En el 63, la píldora se socializa en Francia y en el 65 entra de pleno en el mercado, tengo 22 años y *Los Beatles* cantan su "*Let it be*"... Y tomo píldoras sin aún conocer muy bien los efectos colaterales de la dosis de hormonas que contenían estas píldoras de primera generación. Pero frente a lo que representaba simbólicamente la píldora, nada, ni mucho menos argumentos médicos, nos hubieran



hecho retroceder a mis compañeras y a mí... La píldora existía, y sí, como lo había anunciado la profesora de filosofía, nunca nada fue igual. Ni la sexualidad, ni la familia, ni los encuentros de las mujeres y los hombres, ni el amor, ni la maternidad, ni el matrimonio, ni la sociedad, ni la demografía. La píldora existía y era un verdadero hecho de sociedad, un hecho sociológico. Soy una mujer píldora. Represento exactamente esta generación de mujeres que tenía 20 años cuando la píldora llegó.

La píldora y, por extensión, los diversos métodos anticonceptivos, ubican la maternidad como una opción y abren la puerta a su historización y politización. Gracias a la píldora, las mujeres pueden hoy rehusar con legitimidad ser madres y transformar así a la maternidad en una escogencia humana que diferencia de manera radical la mujer de la hembra. Deja de ser un hecho exclusivamente biológico en cuanto permite a las mujeres seguir trayendo hijos e hijas al mundo y al mismo tiempo construir un proyecto materno que las incluye, es decir un proyecto en el cual se traen a sí mismas al mundo. Un proyecto materno que, recuperando una función simbólica por generarse ya no desde la necesidad sino desde la libertad, ya no desde la subordinación sino desde la autonomía, ubica la maternidad en el centro de una nueva eticidad, permitiéndole recobrar su viejo, y probablemente muy envidiado, significado de privilegio frente a la posibilidad de dar la vida, significado del cual el patriarcalismo había despojado a las mujeres.

La maternidad se resignifica. *Eva* y *María* -la mujer peligrosa y la madre abnegada- figuras y representaciones tradicionales de la femineidad occidental, se vuelven capaces de construir nuevas alianzas que permiten que la madre no signifique la posibilidad de la mujer. Se inicia un diálogo fecundo entre las dos que permite poco a poco reconocer que ser buenas madres no representa renunciar a ser mujeres felices frente a hijos e hijas del deseo y que ser mujer no significa obligatoriamente tener hijos o hijas.

La sexualidad femenina, por fin separada de la reproducción, de alguna manera nace o por lo menos se libera, se desculpabiliza y, haciendo su aparición en la plaza pública, se politiza. Con ella, ahora campo de estudio inevitable, la psicología, la sociología, el psicoanálisis, la historia, la ética y la filosofía descubren la vida privada y la historia de las mentalidades se transforma significativamente.

Al politizarse la sexualidad femenina y al generalizarse los métodos anticonceptivos, las mujeres van a adquirir nuevos derechos sexuales y reproductivos. Éstos, poco a poco y bajo la presión de los movimientos sociales de mujeres, de una producción teórica feminista cada vez más fecunda y sólida, de numerosas



ONG, de grupos y organizaciones de mujeres y de su presencia en las grandes cumbres internacionales, se han ido asumiendo como temas de discusión obligatorios. A su vez, se constituyeron en programas y plataformas de acción cuando el enfoque de la salud sexual y reproductiva, basado en los derechos humanos, fue adoptado en la Conferencia sobre la Población y el Desarrollo en el Cairo, en 1994. Este enfoque se reafirmó y expandió en la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer en Beijing, en 1995.

Los derechos sexuales y reproductivos son hoy en día parte de los derechos humanos y su finalidad consiste en que todas las personas puedan vivir libres de discriminación, riesgos, amenazas, coerciones y violencia en el campo de la sexualidad y la reproducción. Los derechos sexuales se refieren a los derechos a decidir, de manera libre y responsable, sobre todos los aspectos de la sexualidad, incluyendo y promoviendo la salud sexual y reproductiva; incluyen el derecho a ser libre de discriminación, coacción o violencia en la vida sexual y el derecho a esperar y exigir igualdad, consentimiento completo, respeto mutuo y responsabilidad compartida en las relaciones sexuales. Los derechos reproductivos incluyen los derechos de las parejas e individuos a responder libre y responsablemente el número de hijos que desean tener y a determinar cuándo y con qué frecuencia; los derechos a obtener la información, educación y medios para lograrlo; incluyen también el derecho a alcanzar el estándar más alto de salud sexual y reproductiva y a tomar decisiones sobre la reproducción libre en las relaciones sexuales. Finalmente, incluyen atención en la salud sexual y reproductiva por parte de los gobiernos, lo que consecuentemente significa unos compromisos importantes para reorientar o expandir servicios que respondan a estos nuevos derechos e incluso para cambiar leyes, políticas y actitudes culturales que siguen inhibiendo el ejercicio pleno de los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres.

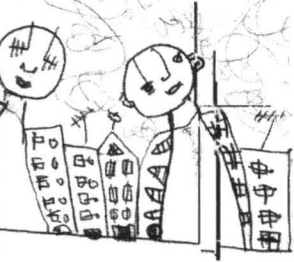
En un país que tiene cifras escalofriantes de violencias domésticas, de violencias sexuales, de violaciones -a pesar de contar con pocos datos por lo que significa denunciar una violación-; en un país en el cual, según datos de las encuestas de Profamilia, de 100 embarazos 50 son no deseados y 25 acaban en aborto, en aborto clandestino; en un país en guerra que apenas está descubriendo el impacto del conflicto armado en la agudización de las violencias sexuales contra las mujeres, hablar, propagar, socializar el enfoque de los derechos sexuales y reproductivos, se ha vuelto una apremiante y obligada prioridad. Ojalá los altos ejecutivos del gobierno lo hayan entendido.



La inclusión de los derechos sexuales y reproductivos en un enfoque de salud, sólo posible a partir de la aparición de la píldora anticonceptiva, representa a mediano plazo una verdadera revolución cultural cuyos alcances no logramos aún a medir del todo. Esta nueva salud subjetiva para las mujeres, que se está gestando desde hace más de cuarenta años cuando nació la píldora, no podrá estar completa sin la inclusión de una condición lógica e ineludible para este nuevo enfoque de salud que acabamos de esbozar. Esta condición es la necesidad de la despenalización, o por lo menos legalización, de la interrupción voluntaria del embarazo.

La mayoría de los países occidentales lo entendieron cuando revisaron su legislación en relación con este importante punto, incluso el 94% de los países del mundo han revisado hoy sus concepciones alrededor de la tradicional ilegalidad de la interrupción voluntaria del embarazo. Lamentablemente para América Latina, Colombia, Chile y El Salvador hacen parte del 6% de los países totalmente ciegos y sordos frente a cualquier posibilidad de revisión de sus actuales legislaciones. Los demás países latinoamericanos han previsto excepciones a la situación de la ilegalidad del aborto. En este contexto es importante mencionar el reciente fallo de la Corte Constitucional que despenaliza el aborto en caso de acceso carnal violento, como se le llama elegantemente a ese crimen que es la violación. Por supuesto, este tan tímido paso representa algo, cuando no existía un solo motivo por el cual una mujer pudiera abortar en nuestro país. De todas maneras, miles de mujeres siguen abortando clandestinamente, contradiciendo gran parte de la filosofía que sustenta el enfoque de salud sexual y reproductiva.

Si incluimos el grave problema de la interrupción voluntaria del embarazo en una reflexión sobre los alcances de la píldora anticonceptiva, es porque, a la luz de las actuales discusiones sobre modernidad, eticidad y feminismo, la revolución generada por la píldora se queda inconclusa sin su obligada y lógica relación con la despenalización de la interrupción voluntaria del embarazo. De hecho, cuando la maternidad se transforma en una opción, es decir en una intencionalidad reflexiva, no admite derogación, y debemos prever de alguna manera los “actos fallidos”; debemos hoy día aceptar que si la maternidad tiene un significado simbólico, cada vez más reflejo de la propia libertad, no por esto, y más después de haber sido un destino durante milenios, entra de una vez en el campo de la racionalidad. Borrar en un momento, siglos de una magistral operación cultural patriarcal que obligaba a las mujeres a ser madres para tener un mínimo de reconocimiento y de autoestima, no es posible. En ese sentido, nos tendremos que remitir durante un tiempo al conflicto psíquico, nunca resuelto del todo entre el ejercicio de una sexualidad no procreativa



y el deseo inconsciente de fecundidad, rechazado por la conciencia pero nunca incapacitado del todo para manifestarse imprevisiblemente, como nos lo recuerdan los psicoanalistas que han reflexionado últimamente sobre esta realidad. Tenemos que aceptar que en este campo la educación nunca será, ni en el mejor de los casos, una panacea, pues nunca podrá suplir lo que una ideología construyó en miles de años y, además, porque la sexualidad es, de todos los fenómenos humanos, el menos educable y el más subversivo e irreductible... Tenemos que aceptar que lo que constituye la esencia de la sexualidad humana y que trasciende cualquier saber, cualquier aprendizaje, es su dimensión inconsciente. En estas condiciones, y conociendo el peso de una maternidad oportuna o, peor, no deseada por una mujer para el futuro de este hijo o hija, y a pesar de que ninguna mujer desea abortar ni planea hacerse un aborto, miles de ellas llegan a él cuando no existe otra alternativa. Y las mujeres, por llegar a él en condiciones de clandestinidad, se desgarran tanto física como subjetivamente. Es porque las mujeres, mucho más sabias, pero sobre todo más generosas que los patriarcas, han entendido desde hace tiempo que la maternidad significa mucho más que dar la vida, mucho más que un acto de reproducción de vida; dar la vida ante todo representa generar una vida, generar un mundo desde lo simbólico, desde el deseo y la palabra, y no sólo desde la mirada biológica. De cara al tercer milenio, quisiéramos que sólo nazcan los hijos y las hijas del deseo.

Con la anticoncepción, acompañada de la legislación de la interrupción voluntaria del embarazo, las mujeres entran de pleno en el campo de la cultura, de la libertad y, por consiguiente, de la ética. Su maternidad se inscribe en una nueva simbología, construye nuevas metáforas más adaptadas a su actual estatus de sujetas autónomas. Una maternidad que transita por la libertad y ya no por la necesidad; una maternidad que tiene como único fundamento el deseo y no la biología, introduciéndolas en la cultura, en la historia y en la política.

La píldora permitió a las mujeres desmitificar y desfeticizar la maternidad tal como les había sido impuesta para devenir mujer; permitió a las mujeres devenir nuevas madres, madres livianas, madres desculpabilizadas, madres generadoras de mundo, madres-hijas, madres-hermanas, madres portadoras de nuevos afectos, menos pesados y posesivos, y sobre todo, madres que dejan de llevar sobre sus hombros la pesadísima metáfora de una cultura del entre-hombres que las había querido castigar por ser dadoras de vida. Por supuesto, la píldora tuvo y tiene un significado subversivo, pero ¿para quiénes? Con toda seguridad, para los patriarcas que ya están entendiendo que sus pesadillas son los sueños de las mujeres, estos sueños que nada ni nadie nunca pudo interrumpir... ♦